

Mujeres

DE LA BIBLIA

Maria:

Bendita entre todas las mujeres



Y el nombre de la virgen era María. Y entrando el ángel en donde ella estaba, dijo: ¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres. Lucas 1.27-28

Su nombre viene del Hebreo Miriam o Mara: significa amarga.

María es: descendiente del rey David
Nacida en Nazareth, un pueblito de Israel

De todas las mujeres extraordinarias en la Escritura, una se eleva sobre todas las demás como la más bendecida, la más altamente favorecida por Dios y la más universalmente admirada por las otras mujeres. Ella fue a quien Dios en Su soberanía eligió entre todas las mujeres

que alguna vez hayan nacido para ser el instrumento singular por medio del cual traería al Mesías al mundo.

¿Qué dice la palabra de Dios acerca de su veneración?, de los títulos que le han sido otorgados como dispensadora de gracia, (**Salmo 72.17**), y más asequible que Jesús. ¿Fue todo el tiempo este concepto que se tuvo de María? ¿Es en todas partes del mundo?

Por medio de este estudio, excavaremos las verdades Bíblicas que se nos revelan de este personaje tan fantástico.

Nuestro estudio no se fundamenta en creencias de ninguna religión, dogmas, libros religiosos o filosóficos y mucho menos en declaraciones humanas. Si no al contrario nuestro fundamento es solamente Bíblico.

Puesto que la base del cristianismo es solamente la palabra de Dios, el propósito de los creyentes es conocer a perfección la escritura bíblica, para poder presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo aquel que demande razón de la esperanza que hay en nosotros. **1 Pedro 3:15**

De esta manera podremos por nuestra propia cuenta, centrarnos en los pensamientos de Dios, y reconocer y desechar las mentiras que a través del tiempo hemos escuchado y abrazado como una verdad sin fundamento.

Dios desea que conozcamos la historia, para no cometer los mismos errores del pasado, Dios se ha manifestado a la humanidad a través de su palabra, y si estudiamos diligentemente podemos conocer su carácter, sus propósitos, su mente y sus profecías, porque todo esto ha sido revelado para quien dese conocer.

Deseas conocer lo que Dios describe de esta maravillosa mujer?

Aquí estudiaremos las características de su personalidad, que podemos reconocer admirar, y adoptar como ejemplo de virtud para nuestras propias vidas como siervas de Dios.

Examinemos sus características como sierva, bajo 5 conceptos de su vida personal.

- Su herencia,
- El anuncio que le cambio la vida,
- Su respuesta reverente,
- La relación con su hijo, y
- La espada que atravesó su corazón

1. Su herencia

La Escritura presenta a María como una joven sencilla, de cualidades comunes en una aldea campesina de una región pobre de Israel, (la biblia habla de lugares reales que existen actualmente) y su historia lo confirma) comprometida con un

novio de la clase trabajadora que se ganaba la vida como carpintero. Difícilmente podría haber sido más simple y más humilde. Tenemos su genealogía en detalle en [\(Lucas 3.23-38\)](#). Mateo,

igualmente, pone en una lista a los de José [\(Mateo 1.1-16\)](#). Tanto José como María descendían **del rey David**. La

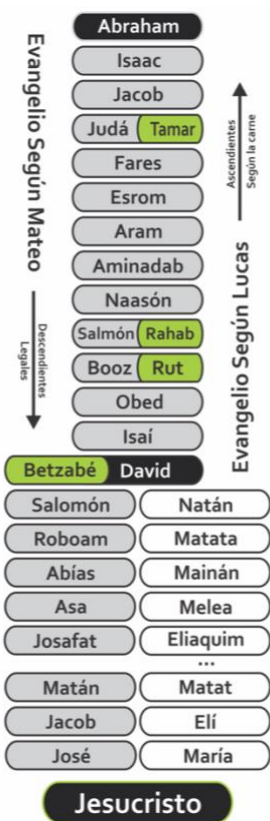
rama de María del árbol de la familia de David puede ser trazada a través del hijo de David llamado Natán, mientras que la rama de José es la línea real, a través de Salomón.

A la luz de esto, **Cristo heredó el trono de David por medio de su padrastro**. Era su derecho como Hijo primogénito. La relación consanguínea con David, sin embargo, vino a través de María, quien desciende de otra irrelevante rama de la familia de David.

Recuerde que Mateo incluye a varias mujeres en la genealogía de Cristo. Puesto que todas vivieron entre Abraham y David, todas son ancestros de José y María incluyendo a Rahab y a Rut. Y por supuesto, a Sara (aunque no aparece nombrada en las genealogías del Nuevo Testamento) que fue la esposa de Abraham y la madre de Isaac. Y Eva, madre de todos los vivientes. En consecuencia, con la sola excepción de Ana, cada una de estas extraordinarias mujeres que hemos examinado extensamente fueron antepasados de María. Y parece haber heredado los mejores rasgos de cada una de ellas.

(Como vamos a ver, María refleja los mejores aspectos del carácter de Ana.) Lo más significativo de todo es que, su fe fue un extraordinario ejemplo del tipo de fidelidad que Jesús bendijo.

Fue sincera, de adoración ferviente, inocente en su confianza en el Señor y dependiente de Él en todo. Ella llegaría a ser la madre del Redentor prometido.



2. El anuncio que cambió su vida

La Escritura dice simplemente: **«Al sexto mes el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María»** (Lucas 1.26-27).

María es el equivalente del hebreo «Miriam». El nombre puede derivar de la palabra hebrea «amargo». La vida de la joven María podía muy bien haber estado llena con amargas tribulaciones. Su pueblo natal era una comunidad desamparada en un distrito pobre de Galilea. Nazaret, recuérdese, soportó genialmente el fuerte rechazo de al menos un futuro discípulo. Cuando Felipe le dijo a Natanael que había encontrado al Mesías y al Ungido, y que era galileo de Nazaret, Natanael se burló:

¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (Juan 1.45-46).



María había vivido allí toda su vida, en una comunidad donde, con franqueza, las cosas buenas eran probablemente muy pocas.

De aquí y de allá en la Escritura se pueden obtener otros detalles sobre el entorno de María. Según **Juan 19.25**, tenía una hermana. El texto bíblico no ofrece datos suficientes que permitan identificar con exactitud a esa hermana, pero obviamente fue una discípula lo suficientemente cercana a Jesús, como para estar presente con las otras fieles mujeres en la crucifixión. María era, además, una pariente cercana de Elisabet, madre de Juan el Bautista (**Lucas 1.36**).

La naturaleza de esta relación no está especificada. Podrían **haber sido primas, o Elisabet pudo ser la tía** de María. El relato de Lucas describe a Elisabet como ya «en su vejez». María, por otra parte, parece haber sido muy joven.



En efecto, en la época de la anunciación, María probablemente era una adolescente. La costumbre de esa cultura era que las niñas se comprometieran cuando tenían apenas unos **trece años**. Los matrimonios eran por lo general arreglados por el novio o sus parientes con el padre de la niña. María estaba comprometida con José, respecto de quien no sabemos casi nada excepto que era un carpintero (**Marcos 6.3**) y un hombre correcto (**Mateo 1.19**).

La Escritura es muy clara al enseñar que María era aún virgen cuando Jesús fue milagrosamente concebido en su vientre. Usando un término griego que no permite ningún matiz sutil del significado, **Lucas (1.27)** la llama virgen en dos ocasiones. El claro decir de la Escritura, y el propio testimonio de María, es que ella nunca había tenido contacto íntimo con ningún hombre. Su compromiso con José era un acuerdo legal conocido como **kiddushin**, que en esa cultura duraba por lo general un año completo.



Desde el punto de vista legal, el kiddushin o noviazgo era tan obligatorio como el matrimonio mismo. La pareja era considerada como marido y mujer y solo un divorcio legal podía disolver el contrato de matrimonio (**Mateo 1.19**). Pero durante este tiempo, la pareja vivía separada el uno del otro y no tenían relaciones físicas de ninguna manera. Uno de los principales puntos del kiddushin era demostrar la fidelidad de ambos novios.

Cuando el ángel se apareció a María, ella estaba formalmente unida a José por el kiddushin. Lucas describe así el encuentro de María con el ángel:

Lucas 1.28-35.

Retrocediendo hasta Eva, hemos visto a través de todo este libro cómo numerosas mujeres piadosas de los ancestros de María habían atesorado la esperanza de ser aquella por medio de la cual llegaría el Redentor.

En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz» (Génesis 22.18).

Pero el privilegio lo tuvo María a un alto costo, porque le trajo el estigma de un embarazo sin estar casada. A pesar de que había permanecido total y completamente casta, el mundo estaba obligado a pensar lo contrario. Incluso José asumió lo peor. Podemos imaginar cómo sangraba su corazón cuando oyó que María estaba embarazada, y él sabía que no era el padre. Su plan fue dejarla secretamente. Era un hombre recto y la amaba, de modo que la Escritura dice que no deseaba hacer público escarnio de ella, pero al comienzo se sintió tan conturbado con la noticia del embarazo, que no vio otra opción que el divorcio. Entonces un ángel se le apareció en sueños y le reconfortó:

«José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mateo 1.20-21).

El sentido común sugiere que María debe haber anticipado todas estas dificultades en el momento en que el ángel le dijo que concebiría un hijo. Su alegría y asombro al saber que sería la madre del Redentor podía, no obstante, verse moderado significativamente por el horror del escándalo que le esperaba. Pero, conociendo el costo y pesando esto contra el inmenso privilegio de llegar a ser la madre de Cristo, María se rindió a sí misma incondicionalmente, diciendo tan solo:

«He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra» (Lucas 1.38).

No hay evidencia de que María reflexionara sobre los efectos que el embarazo podría tener sobre su reputación. Instantánea, humilde y gozosamente se sometió a la voluntad de Dios sin ninguna duda ni interrogante. Difícilmente podía haber tenido una respuesta más piadosa ante el anuncio del nacimiento de Jesús. Esto demostró que era una **joven de fe madura y una creyente del Dios verdadero**. Muy pronto se haría evidente su gran regocijo por el plan de Dios.

3. La respuesta reverente de María

María, llena de júbilo y rebosando de alabanza, se apresuró a ir a la aldea en la montaña para visitar a su amada pariente Elisabet. No hay sugerencia de que María estuviera escapando de la vergüenza de su embarazo prematuro. Al parecer, simplemente deseaba un alma gemela con quien compartir.

Explícitamente, el ángel había informado a María sobre la preñez de Elisabet. Así que era algo natural para ella visitar a una pariente cercana, quien era una firme creyente, y que también esperaba su primer hijo por medio de un nacimiento milagroso anunciado por un ángel (**Lucas 1.13-19**).

Aunque Elisabet tenía más edad, quizás cerca de los ochenta, y nunca había podido concebir y María estaba al comienzo de la vida, ambas habían sido sobrenaturalmente bendecidas por Dios en este aspecto. Era una situación perfecta para que dos mujeres dispusieran de tiempo para regocijarse juntas en la bondad del Señor. La respuesta inmediata de Elisabet al oír la voz de María le dio a ésta una confirmación independiente de todo lo que el ángel le había dicho. La Escritura dice:

Y aconteció que cuando oyó Elisabet la salutación de María, la criatura saltó en su vientre; y Elisabet fue llena del Espíritu Santo, y exclamó a gran voz, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Por qué se me concede esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí? Porque tan pronto como llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Y bienaventurada la que creyó, porque se cumplirá lo que le fue dicho de parte del Señor (Lucas 1.41-45).

El mensaje de Elisabet fue profético, y María lo comprendió al instante. Ella había sabido por un ángel sobre el embarazo de Elisabet. Nada indicaba que le haya enviado la noticia de su propia circunstancia a Elisabet. En realidad, su llegada repentina tenía todo el sello de una sorpresa para su pariente. El conocimiento de Elisabet sobre el embarazo de María, por lo tanto, provino de una revelación que pronunció en cuanto fue repentinamente llena del Espíritu Santo.



María replicó a su vez con palabras proféticas. Lo que dijo se conoce como el **Magnificat (expresión en latín para las primeras palabras del estallido de alabanza de María)**. Este es en realidad un

himno acerca de la encarnación. Sin duda, es una canción de gozo indescriptible **y el salmo más imponente de adoración del Nuevo Testamento**. Es igual a cualquier salmo del Antiguo Testamento y, como hemos señalado antes, conlleva una fuerte semejanza con el famoso himno de alabanza de **Ana por el nacimiento de Samuel**. Está pleno de esperanza mesiánica, de lenguaje escritural y de referencias al pacto con Abraham: **(Lucas 1.46-55)**.

Es claro que el joven corazón y la mente de María estaban ya totalmente saturados con la Palabra de Dios. Ella incluía no solo los ecos de dos de las oraciones de Ana **(1 Samuel 1.11; 2.1-10)**, sino además varias otras alusiones a la ley, los salmos y los profetas.

Este ejemplo de alabanza debería guiarnos en la adoración a Dios como lo hizo María de María. Dios es el único a quien ella exaltó.

Es notable la forma en que alabó la gloria y la majestad de Dios mientras reconocía su propia humildad en forma reiterada. No hizo ostentación de lo bueno de sí misma, sino que elogió al Señor por sus atributos proclamándolo como el único y supremo Señor por su poder, su misericordia y su santidad. Librementemente confesó las grandes cosas que Dios hizo por ella, y no al revés. Toda la alabanza habla de la grandeza de Dios, de su gloria, de la fuerza de su brazo, y de su fidelidad a través de las generaciones.

La adoración de María era evidentemente del corazón. Estaba conmovida por la maravilla de su gracia. Parecía completamente asombrada por las grandes cosas que el Señor hacía tan inmerecidamente en ella. Esta no era la oración de alguien que alegaba haber sido concebida en forma inmaculada, sin la corrupción del pecado original. Era, por el contrario, el regocijo feliz de quien reconocía íntimamente a Dios como su Salvador.

Podía celebrar el hecho que la piedad de Dios está por sobre los que le temen, porque ella misma tenía temor de Dios y había recibido su piedad. Y supo de primera mano cómo Dios exalta al humilde y satisface al hambriento con buenas cosas, pues ella misma era una humilde pecadora que había tenido hambre y sed, no obstante, su rectitud, ya había sido saciada.

Era costumbre en las oraciones judías recitar la fidelidad anterior de Dios para con su pueblo (**Éxodo 15; Jueces 5; Salmos 68, 78, 104, 105, 114, 135, 136, 145, y Habacuc 3**). María continuó esa tradición aquí de manera abreviada. Recordó cómo Dios había ayudado a Israel, dando cumplimiento a todas sus promesas. Ahora, su propio hijo sería la satisfacción viviente de la promesa guardada de Dios. No es de asombrarse que el corazón de María estuviera rebosando con tal alabanza.

4. La relacion con su Hijo



La joven pareja recibe a Jesús y la biblia nos dice que José no la conoció hasta que...

Mateo 1:25, hablando de José, declara, "Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre Jesús."

No la conoció significa que no tuvo relaciones con ella, hasta que Jesús nació.

María fue un ejemplo de abnegación y entrega al cuidado delicado de su hijo.

En relación con su hijo pequeño, la biblia nos muestra pocos versículos. Uno muy interesante es cuando Jesús se pierde en el

templo **Lucas 2:41-51**.

En esta escena vemos a dos padres humanamente atemorizados por la desaparición de su hijo. Pero llenos de un asombro ante su respuesta.

Al verlo, sus padres se quedaron atónitos y su madre le dijo: "Hijo mío, ¿por qué te has portado así con nosotros? Tu padre y yo te hemos estado buscando llenos de angustia".

Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar? Mas ellos no entendieron las palabras que les habló.

En todo el ministerio terrenal de Cristo, María aparece solamente **en tres ocasiones**. En dos de esas oportunidades, Jesús mismo negó explícitamente la idea de que la autoridad terrenal que tenía sobre él como su madre le diera derecho a intervenir sobre cualquier aspecto de su trabajo. Por supuesto, hizo esto sin el más mínimo gesto de falta de respeto, ya que sólo deseaba resaltar **que María no era en absoluto una mediadora de su gracia**.

En una ocasión, cuenta la Escritura, una mujer en la muchedumbre levantó su voz y dijo a Jesús: «Bienaventurado el vientre que te trajo, y los senos que mamaste». Su reacción

**fue un regaño: «Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan»
(Lucas 11.27-28).**

La primera de estas ocasiones se presentó durante las Bodas de Caná, cuando Jesús realizó su primer milagro. El apóstol Juan recuerda lo que ocurrió: **Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino (Juan 2.3)**. El anfitrión de la boda era sin duda un amigo íntimo de la familia, al que María apreciaba muchísimo.

(Nótese que el versículo 1 dice «y estaba allí la madre de Jesús», pero el versículo 2 agrega: «Y fueron también invitados a las bodas Jesús y sus discípulos»). María asistió evidentemente para ayudar a coordinar la recepción para su amigo. Por lo tanto, ella fue una de las primeras en darse cuenta que el vino disponible no sería suficiente.)

María además sabía muy bien, que Jesús tenía los medios, para solucionar aquel embarazoso inconveniente de la reunión social; y le estaba pidiendo con habilidad que hiciera algo para resolverlo. No está claro que ella haya previsto la clase de milagro que Jesús realizaría.

Podría haber estado sugiriéndole una declaración apropiada, que ayudara a disminuir el bochorno de los anfitriones. O, lo que parece más probable, tenía completamente claro que Él era el profeta a quien Moisés anunció, y esperaba, tal como Moisés lo había hecho tan a menudo, que hiciera un milagro para suplir lo que faltaba. No hizo ninguna petición ostensible, pero su significado fue obviamente explícito para su Hijo.

Podría haber estado sugiriéndole una declaración apropiada, que ayudara a disminuir el bochorno de los anfitriones. O, lo que parece más probable, tenía completamente claro que Él era el profeta a quien Moisés anunció, y esperaba, tal como Moisés lo había hecho tan a menudo, que hiciera un milagro para suplir lo que faltaba. No hizo ninguna petición ostensible, pero su significado fue obviamente explícito para su Hijo.

Por Su parte, Jesús tenía toda la intención de reabastecer milagrosamente de vino, porque eso es lo que posteriormente hizo. Él nunca fue propenso a vacilar, dudar o cambiar Su mente (**hebreos 13.8**). El hecho de que Él finalmente realizara el milagro era prueba de que planeó hacerlo. Pero la Escritura sugiere que su respuesta a María fue algo brusca. Fue tan directo como María había sido con Él: **Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora (Juan 2.4)**. No estaba siendo rudo y nada indica que María se haya sentido acongojada u ofendida con su respuesta. En aquella cultura, dirigirse a otra persona como «mujer» era de una formalidad típica. Era brusco sin ser impertinente. Pero en el apacible reproche de sus palabras y su tono no había una escapatoria. La pregunta, «¿Qué tienes conmigo?» es un desafío visto varias veces en las Escrituras (**Jueces 11.12; 2 Samuel 16.10; Esdras 4.2-3; Mateo 8.29**). Conllevaba un claro tono de desagrado y de fuerte amonestación. Sin embargo, no hay ninguna sugerencia de que María lo tomara como una afrenta. Su intento no fue ofender sino corregir e instruir.

María debe haber recordado un incidente similar de años anteriores. Cuando tenía 12 años en el templo, con su respuesta, Él estaba, en efecto, rechazando cualquier noción sobre los intereses de su padre terrenal que jamás podrían estar, por encima de la autoridad de su Padre celestial. Aquí, en la boda de Caná, su mensaje para María fue similar.

En asuntos espirituales, la función terrenal de mamá no le daba ningún derecho para intentar manejar su misión, puesto que ésta, debía cumplir a cabalidad la voluntad del Padre en el tiempo propicio.

Como hombre, Él era su hijo. Pero como Dios, Él era su Señor; no le correspondía, por tanto, darle órdenes en asuntos espirituales. El modo en que Él le habló simplemente le recordó ese hecho sin mostrarle ninguna falta de respeto.



Entonces convirtió el agua en vino. Después de eso, **María siempre permaneció en un segundo plano**. Ella nunca buscó ni aceptó la clase de preeminencia que tantos parecen imponerle. Tampoco intentó interceder otra vez ante Él por milagros, favores especiales u otras bendiciones en representación de sus amigos, parientes o alguien más. Solo la necesidad de los hombres hace que muchos imaginen que ha robado esa función desde su posición en el cielo.

María apareció otra vez durante el ministerio terrenal de Jesús cuando la multitud que seguía a Jesús era más grande que nunca. Marcos dice que ni siquiera tenían tiempo para comer (**Marcos 3.20**).

La Escritura dice que fueron hasta Él intentando alejarlo de la multitud, y de las pesadas demandas que le hacían.

Entretanto, algunos escribas vinieron de Jerusalén y acusaron a Jesús de echar fuera demonios en el poder de Belcebú (v.22). Marcos pinta un cuadro de caos, oposición y grandes multitudes con todo tipo de necesidades presionando a Jesús.

Fue en este contexto que vinieron los miembros de su familia inmediata para tratar de sacarlo de en medio de la muchedumbre por su propia seguridad.

Marcos nos cuenta lo sucedido:

Vienen después sus hermanos y su madre, y quedándose afuera, enviaron a llamarle. Y la gente que estaba sentada alrededor de él le dijo: Tu madre y tus hermanos están afuera, y te buscan. Él les respondió diciendo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre. Marcos 3.31-35



Estos son
mi madre
y mis
hermanos.

Jesús envió el mismo mensaje otra vez. Hasta donde estaba su trabajo espiritual, sus parientes terrenales, no tenían más derechos que cualquiera otra persona. Por cierto, Él no puso a María en ningún plano de exaltación sobre sus otros discípulos. Él conocía mejor que ella los **límites** de su poder humano. No dejaría de hacer, aunque lo presionaran, lo que tenía que hacer. No sería interrumpido ni se permitiría salirse del camino, aunque fuera por una sincera inquietud maternal. Como siempre, tenía que concentrarse en los asuntos de su Padre, y no necesitaba consultarla a ella para eso.

Una vez más, sin embargo, **vemos a María aprendiendo a someterse a Él como su Señor**, más bien que tratando de controlarlo como su madre. Ella se convirtió en su fiel discípula. Parece haber asumido la realidad en el sentido que, Él tenía trabajo por hacer y ella no podía dirigirlo. Al final lo siguió durante todo el camino de la cruz y esa oscura tarde en que murió, estaba parada junto a un grupo de mujeres, observando en medio del dolor y el horror. La Crucifixión fue la tercera y última parte en que María aparece al lado de Jesús durante los años de su ministerio público.

5. La espada que atravesó su corazón

Es probable que María haya tenido siempre la sospecha de que ese día llegaría.



Seguramente había oído a Jesús hablar (como Él a menudo lo hizo) sobre su propia muerte.

En efecto, realidad, había sobre la mente de María desde la infancia de Jesús. Ésta era sin duda una de las cosas que ella guardaba y sobre las que reflexionaba en su corazón (**Lucas 2.19- 51**).

El Evangelio de Lucas cuenta cómo la primera señal de una impensada tragedia, penetró en la conciencia de María. Cuando Jesús era aún un niño recién nacido, sus padres terrenales lo llevaron al templo para dedicarlo al Señor en conformidad con las instrucciones de **Éxodo 13.2: «Conságrame todo primogénito. Cualquiera que abre matriz entre los hijos de Israel, así de los hombres como de los animales, mío es»**.

José y María vinieron con un sacrificio de dos tórtolas (**Lucas 2.24**) que era lo que la ley prescribía para las personas muy pobres que no podían ofrecer un cordero (**Levítico 12.8**). Ese día, la pequeña familia de Nazaret encontró a dos siervos de Dios, de edad avanzada, Simeón y Ana. (Ana será el tema del siguiente capítulo.)

Simeón era un anciano a quien la escritura describe como «justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel» (**Lucas 2.25**).

El Espíritu de Dios le había revelado que él tendría el privilegio de ver al Mesías antes de morir. El día en que José y María presentaron a Jesús en el templo, el Espíritu Santo permitió que también Simeón estuviera allí (**v.27**).

Tan pronto como Simeón vio a Jesús, supo que era el Ungido del Señor. La Escritura dice que él tomó a Jesús en sus brazos y pronunció una profecía. Entonces, volviéndose a María, le dijo: **«He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha (y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones»** (**Lucas 2.34-35**).



Es probable que, en el proceso de escribir su Evangelio, Lucas escribió detalles acerca del nacimiento de Jesús y de la vida de María. **Lucas 1.1-4** indica que tenía acceso a los testimonios de muchos testigos oculares. Puesto que incluye varios detalles que solo María puede haber conocido, podemos estar casi seguros, que María misma fue una de las fuentes primarias de Lucas. La inclusión de varios hechos de la infancia de Jesús (**2.19,48, 51**) sugiere que este fue el caso. El propio testimonio de María como testigo debe haber sido la fuente para el relato de la profecía de Simeón, porque **¿quién sino ella puede haber conocido y relatado este incidente?** Al parecer, la tremenda profecía del anciano nunca abandonó su mente.

Años más tarde, cuando María estaba de pie observando como un soldado atravesaba el costado de Jesús, debe haber sentido, por cierto, que una espada atravesaba su propia alma. En ese mismo momento debe haber recordado la profecía de Simeón y entendido, con toda su fuerza, su verdadero significado.

Mientras María observaba quietamente morir a su hijo, otros le gritaban burlas perversas e insultos. Su percepción de la injusticia que le hacían, debe haber sido muy



profunda. Después de todo, **nadie comprendía mejor que María la total perfección inmaculada de Jesús**. Lo había amamantado cuando era un niño y lo había cuidado a través de toda su infancia. Nadie podía amarlo más de lo que ella lo amaba. Todos esos hechos solamente aumentaban el agudo dolor que sentiría cualquier madre ante tan horrible visión. El dolor y la angustia de María eran casi inimaginables. Sin embargo, ella permaneció de pie, estoica, silenciosamente cuando muchas mujeres habrían huido en medio del horror, habrían gritado, se habrían retorcido en medio del pánico o simplemente habrían colapsado ante esa agonía abrumadora.

María era evidentemente una mujer de gracia, digna y de valor. Comprendía que su presencia constante al lado de Jesús, era el único tipo de apoyo que podía darle en ese momento tan terrible. Pero incluso eso era simplemente una función pública de apoyo. **El sufrimiento personal de María no representaba ningún tipo de participación en el trabajo de expiación de Cristo**. Su dolor no añadió méritos al sufrimiento de Jesús por la culpabilidad de otros. Estaba cargando los pecados del mundo. No podía ayudarlo con eso. Ni Él necesitaba la ayuda de ella como «co-redentora» o «co-mediadora».



«Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Timoteo 2.5).

María misma no trató de intervenir en ese oficio; es una afrenta que mucha gente pretenda ponerla en ese papel. Tantas personas insisten en tratar de que esté ahí. En realidad, en las postreras horas de la vida de Jesús, fue Él quien la ayudó. Ya en el trance final de la muerte, divisó a María de pie en las cercanías, junto a un grupo de mujeres y Juan, el discípulo amado. En ese momento, Jesús reconoció su relación humana con María. En el relato de su propio Evangelio, Juan describe lo que sucedió: **«Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa» (Juan 19.26-27).**

Así que uno de los últimos actos terrenales antes de entregar su vida a Dios fue asegurarse de que, por el resto de sus días, María sería cuidada. Ese acto resume la relación entre María y su hijo primogénito. Ella fue su madre terrenal; pero Él fue su **Señor eterno**.

María entendió y asumió esta relación. Se inclinó ante su autoridad en asuntos celestiales al igual que en su infancia Él estuvo sujeto a su autoridad materna en asuntos terrenales (**Lucas 2.51**). Como madre, ella tenía a la vez que proveer para sus necesidades, pero en un sentido último y eterno, **Él fue su salvador y proveedor**.



María fue diferente a todas las otras madres. Las mamás piadosas están típicamente absortas en la tarea de preparar a sus niños para el cielo. El hijo de María era el Señor y Creador del cielo. Con el tiempo, ella llegó a percibir la absoluta importancia de esta verdad, que hacía rebozar su corazón. Llegó a ser discípula y adoradora. Su relación

maternal con su hijo se fue a un segundo plano. Ese momento en la cruz —cuando Jesús puso a su madre al cuidado de Juan— formalmente marca el fin de la relación terrenal de María con Jesús.

Después de la muerte de Jesús, María aparece solo una vez más en la Biblia. En la crónica de Lucas sobre la iglesia primitiva, es citada entre los discípulos, que estaban orando juntos en Jerusalén el día de Pentecostés (**Hechos 1.14**). Su **nombre nunca es mencionado en las epístolas**. Está claro que la iglesia primitiva nunca pensó en hacer de ella un objeto de veneración religiosa, como muchos lo han hecho en los siguientes años de varias tradiciones cristianas.



María misma nunca reclamó ser, o pretendió ser, nada más que una humilde servidora del Señor. Fue extraordinaria porque Dios la usó de una manera extraordinaria.

Claramente pensaba de sí misma como alguien común. Es presentada en la Escritura, como un instrumento a quien Dios usó en el cumplimiento de su plan. Ella misma, nunca tuvo ninguna pretensión de ser una administradora de la agenda divina, y nunca le dio a nadie, algún encargo para recordarla como una mediadora en la dispensa de la gracia divina. La baja

perspectiva reflejada en el Magníficat de María, es el mismo simple espíritu de humildad que marcó su vida y su carácter.

Es verdaderamente lamentable que la superstición religiosa haya convertido a María en un ídolo. Por cierto, es una digna mujer a quien deberíamos imitar, pero María misma se horrorizaría sin duda al pensar que alguien le rogara, venerara su imagen, o le encendiera velas como homenaje a ella. Su vida y su testimonio apuntan consistentemente a su Hijo. Él fue el objeto de su adoración. Fue al que reconoció como su Señor. Él fue en quien confió siempre.

El ejemplo de María, visto a la luz pura de la Escritura, nos enseña a hacer lo mismo.